Domingo XX del Tiempo Ordinario (18-08-24)
Día del Niño
Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Este largo pasaje del Evangelio de Juan (6, 1-71) que concluirá el próximo domingo, nos ayuda a todos a recuperar la dimensión más importante que tiene la fe, que es el vivir intensamente la vida de Jesús como cristianos para testimoniar y hacer el mismo camino de Jesús. Y para eso tenemos que saber cómo es Jesús y qué quiere decirnos. Y uno de los grandes problemas que tenemos hoy día en el mundo es la falta de sabiduría.

Por eso, la Primera Lectura (Proverbios 9,1-6) nos habla de que la sabiduría es la que nos invita a comer juntos: *"ha construido una casa, ha tallado las columnas, ha preparado el banquete, ha mezclado el vino y puesto la mesa, han mandado a sus criadas para que lo anuncien a todos los puntos de la ciudad*" y ha invitado a los inexpertos, a los que están sin sabiduría. La palabra "sabiduría" tiene una raíz: "saber" que viene de "sabor"; por eso, nosotros pensamos que el saber se adquiere en una clase, en una escuela o con un maestro que enseña. Sí, se puede adquirir así, pero, sobre todo, saboreando la vida humana, la experiencia y a Dios.

Por eso es que, cuando Jesús dice aquí: *"Quien no come mi carne y bebe mi sangre …"*, la expresión es "quien no mastica",

o sea, “quien no mastica” y “rumia”, “roe” y “saborea” aquello que siente y vive en la eucaristía, no va a tener nunca vida eterna. A veces, nos pasa esto a todos los cristianos y a los católicos que venimos a comulgar: es como una cosa más. Toda comunión tiene que ser “masticada”, es decir, sentida, saboreada, profundizada. ¿Y qué ocurre en ella? Que Jesús no solamente es el pan que ha bajado del cielo, sino que es tambien “la carne” de Jesús para la vida al mundo. ¿Y qué significa eso? Que Jesús está anunciando en este texto que va a venir el momento difícil de la muerte, pero que va a morir, justamente, para entregar su Cuerpo por nosotros, para que bebamos también su sangre y nos enriquezcamos de la belleza y grandeza de lo que ha sucedido en la Cruz.

Y por eso, entonces, la Cruz no es simplemente un acontecimiento trágico, injusto, desarrollado en un momento muy difícil en que tenían celos de Jesús sus enemigos, sino que Jesús, por su decisión libre, la convierte en una fuente de esperanza y se da a comer a sí mismo a través de estos signos eficaces de salvación que son los sacramentos y, concretamente, “el sacramento” por excelencia, que es el que celebramos todos los domingos en la Misa para que aprendamos de Él y tengamos la misma vida que Él ha tenido. ¿Por qué? Porque esa muerte fue por decisión libre. Como nos dijo el Papa Francisco hace unos años: “Él está clavado allí no por la fuerza de los clavos, sino por la fuerza de su amor y su infinita misericordia”, es decir, por su decisión de perdonar y no bajarse a vengarse de sus enemigos.

Y ese es el secreto escondido por todos los siglos y revelado a nosotros en Cristo. Ese secreto es que toda la búsqueda de felicidad, que todos tenemos marcada y buscamos, tiene su fuente en el amor y en el servicio, en la donación y en la entrega de Jesús. ¿Y qué hacemos cuando comulgamos? Comemos su entrega y su servicio. Por eso, nosotros, saboreando lo más profundo de lo que compartimos en esta cena, en ese banquete en donde hay unas columnas también hechas por la sabiduría de tantos siglos y en donde estamos todos, nos encontramos y acogemos este llamado, aprendemos juntos a apoyarnos mutuamente a compartir esas experiencias que nos permiten, poco a poco, aprender a ser felices asumiendo el mismo camino de Jesús.

La comunidad cristiana se reúne para compartir todo el camino de cómo debemos aprender a amar en las situaciones que vivimos como lo hizo Jesús. Y lo digo ahora, especialmente, por todos los jovencitos que están aquí de la Confirmación, también por los “cursillistas” de cristiandad y las catequesis que por años hacemos y que son justamente para encontrar un camino, arrepentirse y vivificarse en el Señor. Lo más importante siempre es que, saboreando la Eucaristía, saboreando el Cuerpo y la Sangre del Señor, nos pongamos a disposición de lo que nos pide y llama el Señor en las situaciones concretas.

Acuérdense que el primer pecado es haber “comido” y haber “conquistado” la sabiduría. Pero no se trata de conquistar la sabiduría, porque el Señor mismo nos dice: mastiquen, coman.

Ese es el fruto que sí podemos comer, en cambio, no está permitido comer el fruto que yo, conquistando, creo e impongo mi conocimiento y mi manera de pensar, “comiéndome” la sabiduría a partir de deducciones y especulaciones, sin ponerme a disposición del Señor y dejar que me comunique lo que me quiere dar y decir.

¿Por qué comemos y bebemos así en comunidad? Porque, a través de la Eucaristía, recibimos la fuente de la sabiduría y, saboreando el Cuerpo y la Sangre del Señor, podemos ir entendiendo poco a poco, con paciencia, y vamos a ir, justamente, desprendiéndonos de nuestros intereses y nuestras ambiciones que están simbolizadas en el primer pecado que consiste en apurarse demasiado.

A veces, inclusive, somos muy apurados para comer. Venimos a la mesa y comemos bien sabroso, pero lo hacemos apresuradamente, sin masticar. Yo vengo ahorita de Colombia en donde hemos estado con la Comunidad de los Eudistas que nos están apoyando en el seminario y, simultáneamente, con el cardenal de Bogotá, que me dice: “ustedes comen más rico que nosotros”, porque nosotros hemos puesto mucho énfasis en la sazón. Probablemente eso venga de que nuestro país aprendió a sentir lo que hay que profundizar para no quedarnos en la superficialidad de los grandes potajes y restaurantes. Por eso, muchas veces se come mejor en la anticuchera de la esquina, que es más rico y sabroso.

Pues bien, tenemos que aprender a saborear al Señor para que así como sentimos esa cosa rica que tiene la comida nuestra, también así nosotros nos abramos a seguir compartiendo y no con impulsos generados por la rabia, por la desesperación, por la ambición y que nos conducen a la destrucción. Estamos en un momento demasiado difícil como para no tener un poquito de calma y encontrar un camino.

Esa misa que celebramos con los hermanos venezolanos hace dos semanas quería significar eso: comunicarles a nuestros hermanos nuestra solidaridad y deseo de que no desesperen, que hagan eso que un venezolano decía hace unos días: “nuestra lucha es pacífica y lo máximo que podemos hacer es organizarnos para neutralizar la mayor violencia que puedan hacernos”. Inventaba una serie de posibilidades y decía: “si ustedes están en una manifestación, no agredan como los agreden a ustedes; echen tachuelas nomás para que se desinflen las llantas de las motos”. Son cosas imaginativas que nuestro pueblo tiene cuando un pueblo siente algo profundo.

Necesitamos empalmar la profundidad del Evangelio con lo profundo que un pueblo siente. Y eso nos permite crear según Jesús, nos permite pacificar el mundo hermanándonos. Por eso, el Santo Padre Francisco ha intuido que el hermanamiento mundial es decisivo para poder generar un consenso mundial de los pueblos para que todo aquel que quiera, con sus ambiciones, hacer lo que le da la gana con la gente, no tenga piso. Y por eso

es necesario, poquito a poco, desarrollar toda la sabiduría que viene del amor de Dios expresado en darnos de comer.

Y hoy día, los niños, que son los primeros que les damos de comer, pequeñitos (la mamita le da la teta para que pueda tener su lechecita), también Dios nos considera a nosotros sus hijos y, por eso, nos ha dado la Eucaristía. No para que nos quedemos aniñados, sino para que crezcamos con alma de niño.

Por eso, le damos gracias a los niños con todo el corazón, y también a nuestro seminarista Robertito, que es el que los está acompañando y dirigiendo el coro de Desamparados que nos visita, porque él también, siendo así chiquito, está siempre con los chiquitos. Le vamos a encargar la pastoral de los chiquitos.

Bueno, hermanos y hermanas, que Dios los bendiga y que hoy día también, dado que estamos aquí, en la Iglesia matriz, desde aquí irradiemos ese sabor profundo que nos da el Señor que nos identifica con los más pobres, con los más desdichados y necesitados. Y así también compartamos nuestra vida, no solamente el pan, sino todo lo que sea necesario para que el mundo cambie y nuestro país mejore.

Que tengan un buen domingo el día de hoy.

Oración final con los niños:

Padre bueno, que has hecho al ser humano, desde niño, un hijo tuyo, y que lo conduces para que siempre con alma de niño,

como la Jesús, pueda caminar en la historia a pesar de todos los crecimientos, las vejeces, los endurecimientos escleróticos y las dificultades:

Devuelve a la humanidad el corazón de niño abierto a ti que sabe encontrar y buscar con paciencia y con alegría. Y, especialmente, bendice a estos niños que los representan, para que todos podamos caminar en el camino de tu amor, haciendo tu voluntad como tu hijo Jesús, que nunca perdió su corazón de niño y siempre se dirigió a Ti como Padre, con obediencia, amistad, cariño inefable y amor por la humanidad.

Y la bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre todos y sobre todas y permanezca para siempre. Amén.